

Fué su enemigo quien rompió primero el fuego al notar que al amanecer del 29 de Noviembre se dirigía Pezuela contra él, describiendo una línea oblicua por la izquierda para desplegar en batalla frente á la posición principal suya. Pero ni por un momento logró el fuego del enemigo contener á las tropas de Pezuela, que sucesivamente fueron desalojándole de todas sus posiciones hasta arrojarlo á los campos de Siperipe, en donde se creía que se dispersaría, pero lejos de esto, los batidos guerreros de Rondeau se reorganizaron allí bajo el fuego de sus enemigos, pero su valor y su ardimiento se estrelló ante la energía de los que ya se consideraban como vencedores, siendo de nuevo desechos y acuchillados por la caballería en una retirada desastrosa durante tres leguas, dejando el campo cubierto con mil doscientos muertos, seiscientos heridos, toda su artillería, bagajes, campamento y ochocientos prisioneros.

La batalla de Viluma fué decisiva. Ya no se pensó más por los buenos-aireses en llevar la guerra al Alto Perú, las pocas partidas armadas que aún quedaban fueron cayendo ó desapareciendo una tras otra, y la gloria adquirida en este día por Pezuela, recompénsola Fernando VII nombrándole marqués de Viluma, quince años más tarde.

Sólo en esta parte de América la guerra nos fué adversa en Quito, no porque nos hiciera perder las posiciones tomadas, sino porque Serviez y Montufar, que había logrado escapar en Panamá á los que le conducían á la península, como sucedió más tarde con Nariño que escapó de San Sebastián, derrotaron el 5 de Julio completamente á Vidaurrazaga, quien durante todo el año había sostenido con los enemigos una larga serie de afortunados combates. Sámano fué llamado á reorganizar las tropas de Vidaurrazaga, pero ni Sámano, ni los vencedores hicieron cosa de provecho en lo que restaba de año, porque Sámano de acuerdo con Montes, quedó en esperar la llegada de Morillo, mientras por su parte Montufar, Serviez y Cabal se pusieron en conserva para recibir al formidable enemigo de quien se iba ya sabiendo su triunfante viaje por Venezuela.

Hemos dejado la insurrección en Méjico quebrantada pero no vencida; así pues, continuó esa guerra fratricida produciendo muertes y horrores, como si la paz, dado caso que se restableciera, no pudiera reinar más que sobre montones de cadáveres.

Aquila, Itúrbide, Lobera, Marquez, Armijo, etc., obtuvieron durante los primeros meses del año una serie larga y no interrumpida de triunfos; pero nin-

guno tan decisivo que pudiera contarse como un paso más en favor de la pacificación. Sin embargo, el mejicano Itúrbide obtuvo un triunfo que fué muy sonado.

Reuníase el Congreso mejicano en Ario creyéndose seguro su retiro, por razón de la distancia á que se hallaba del centro de la guerra, y esta seguridad fué la que hizo á Itúrbide concebir el plan de arrojarle sobre dicho pueblo por sorpresa, confiando dispersar ya que no aprisionar el Congreso.

Itúrbide necesitaba para ello recorrer una distancia inmensa, pero nada le arredró. Con solo un día de descanso hizo andar á su gente catorce jornadas en diez días, y si el 4 de Mayo no se extravía su vanguardia, en el día prefijado 5 de Mayo quedaba prisionero suyo el Congreso, pero por dicha causa se dió la voz de alerta y fracasó la sorpresa. El Congreso se había ya dispersado al presentarse Itúrbide en Ario el día 6. Calleja no dejó por esto de facilitar y recompensar á tan denodados y atrevidos guerreros.

Aprovechó Calleja el efecto moral que había de causar esta dispersión publicando una enérgica proclama contra sus individuos, á quienes declaró desleales y traidores, en cuya tarea le auxilió el cabildo eclesiástico, que unió sus enérgicas exhortaciones á las-suyas, produciendo esto buen efecto, pero no la deseada restauración de la paz; porque los diputados mejicanos hoy aquí, mañana allá, continuaron sosteniéndose y obrando como tal Congreso, desesperando á Calleja, que comprendía como la querrela iba tomando un doble aspecto, pues ahora los mejicanos se batían por la independencia de la patria y por la Constitución que Fernando VII acababa de anular después de haberla jurado y haber recuperado gracias á ella la corona que tan cobardemente dejó rodar á los piés de Napoleon en los días funestos de Bayona.

Cobráronse nuevas esperanzas de pacificación, al saberse la llegada de Miyares con dos mil hombres de refuerzo, que el gobierno de la metrópoli mandaba y habían desembarcado á mediados de Junio en Veracruz, pero con este refuerzo, lo único que se consiguió, fué dar algún reposo á los que hacía ya tanto tiempo que combatían, que si allí por el mes de Setiembre pareció que se iba á disolver la resistencia, esto, no tanto, se debió á las victorias no interrumpidas de Miyares, Duran, Claverino, Llorente y otros, sino á que por el mismo tiempo la guerra civil ardía entre los mismos mejicanos que se combatían con el mismo furor con que lo hacían contra los españoles. El licenciado Rosains, fué ba-

tido por Victoria, que le obligó á enriscarse por la sierra de San Antonio de Arriba, y más tarde á presentarse á las autoridades españolas, lo que hicieron también Guevara y otros, de modo, que la insurrección se devoraba á sí misma, siendo sus luchas intestinas, causa de que fueran cayendo en manos de los que las perseguían, los principales jefes de la insurrección, incluso el mismo Morelos.

Seguía la pista á Morelos, el teniente coronel Manuel de la Concha, con quien se hizo obrar de común acuerdo otros varios jefes á fin de ir cerrando el paso al atrevido caudillo mejicano, quien, al fin, fué descubierto por la mañana del 5 de Noviembre, en el pueblo de Tamalca. Quiso hacerse fuerte Morelos con su gente en los cerros vecinos al pueblo, pero de todos fué desalojado, acabando por caer en manos de los que le perseguían. Todos los prisioneros de este día, que fueron solo treinta, fueron pasados por las armas sobre la marcha, solo el cura Morelos y su capellán Morales, conservaron la vida, para que de ella dispusiera la superioridad. En el sitio del combate, dejaron los mejicanos trescientos muertos.

Morelos, vivió hasta el día 21 de Diciembre en que fué fusilado, y como si con esta muerte, se quisiera dar por vencida la insurrección, y quien sabe si esto no se creyó de buena fe, dió Calleja un indulto general que aprovecharon muchos, pero sin lograr con esto reducir á todos á la obediencia. Antes por el contrario, reunióse el Congreso Supremo de la nación mejicana en Telmacan, y dió por sucesor á Morelos á Teran, quien tuvo que imponer su autoridad sobre los suyos, de la misma manera que Calleja trataba de imponer la España.

Sin embargo, fuera efecto de haber desaparecido la sanguinaria autoridad de Morelos, fuera que los triunfos de los jefes españoles hicieran á los mejicanos menos prudentes, ello es que ahora la guerra se hacía de una manera más benigna y que el furor de unos y otros se amortiguó en beneficio de la pobre

humanidad, que tanto había sufrido en los anteriores tiempos.

En Chile no ocurrió novedad en todo el año. Pero la fatalidad quiso que no pudiera realizarse la expedición proyectada contra San Martín, quien, como sabemos, continuaba en Mendoza, agregando á su gente á todos los que huían de Chile, excepto á los carreristas á quienes persiguió con tanto enojo, que hubieron de escapar del país en donde habían ido á buscar un refugio. No pudo la expedición contra Mendoza llevarse á cabo, porque fué necesario sacar fuerzas de Chile, para socorrer á Pezuela, y las consecuencias de este contratiempo, las veremos cuando volvamos á hablar de la guerra de la independencia de Chile. Pero aún quiso más la fatalidad. Quiso que se sacasen los batallones que se llevaron á Pezuela tarde, esto es, dando tiempo al de Talavera, que mandaba Maroto, para que cometiera en Chile toda clase de atropellos hasta producir en todas partes la mayor indignación, reanimando los odios que ya principiaban á extinguirse contra España, y siendo, por consiguiente, motivo para nuevas conspiraciones, que habían de acabar con la autoridad de España y de Marcó del Pont, nombrado para reemplazar á Osorio en la presidencia de Chile en 1816.

Si, pues, la guerra de América no terminó en 1815, como terminó en 1815 en Europa la guerra napoleónica; si España perdió América, la culpa es pura y neta de los borbones. Estos eternos enemigos de la libertad, al ser restaurados, no pensaron mas que en restablecer su autoridad despótica y absoluta. Para esto, necesitaban de las bayonetas de los soldados, acabando por resultar que faltaron en América las que se emplearon en vigilar en cárceles y castillos, á los diputados que en Cádiz habían conservado á España su independencia y á Fernando VII su corona.

De modo, que la restauración del hijo del imbécil Carlos IV y de la liviana María Luísa, le costó á España su libertad y la pérdida de América.

